



CRÍTICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

**CLASE E IDENTIDAD EN
EL NEOLIBERALISMO**

Francisco Gaitán
Emmanuel Rodríguez
Guillermo García Torres
María Fernanda Rodríguez
Charlie Moya
Isidro López
Kike España
Escuela de las Periferias

**CUADERNOS DE
ESTRATEGIA** núm. 4

Más wokes que el wokismo.

Minorizar la revolución,
revolucionar la minoría

Guillermo García Torres

¿Tabú o elefante en la habitación?

La palabra *woke*, sin unas cuantas capas de ironía que nos separen de ella y nos rediman en su uso, es un término tabú, *innombrable*, y *no es para menos*. El *wokismo* es el cajón de sastre donde la derechización global encierra y caricaturiza toda reivindicación asociada a grupos minoritarios, esas mal entendidas y mal llamadas «políticas de la identidad» que, a fuerza de corrección política y superioridad moral, a golpe de degeneración y persecución de la *normalidad*, vienen a atentar contra la tradición, nuestros valores y el orden natural del mundo, *dicen*. Woke, wokismo, ofendidos, generación de cristal, cultura de la cancelación... términos que han de ser manejados con cuidado, como dinamita defectuosa, pues su mera mención (incluso una mención crítica) pareciera legitimar y asumir el marco discursivo de la derecha.

Toda precaución es poca: palpamos el agotamiento de ese término ambiguo que es la izquierda, pero sabemos que *no somos la derecha*, no les haremos la batalla cultural, cuidémonos de esta fascistización global que se apropia de todo malestar; sin embargo ¿qué fenómeno describen realmente estas palabras? ¿Qué lógicas favorecen su tabú? ¿Podemos extraer algo

valioso de lo que señalan, o efectivamente la mera mención del término inocula el virus *fascio* en nuestros discursos? ¿O es la *conjura y anticipación* en la omisión del término en nuestros círculos lo que alimenta a la bestia? En un momento de reacción generalizada, simultáneamente, un fantasma recorre las organizaciones políticas —más bien, *un elefante en la habitación*. Existen dudas, existen resquemores y existe un malestar con discursos que se han revelado *impotentes* o directamente reactivos —a veces, participando de una negligencia política que arrasa con grupos. Y, desde luego, esta incapacidad para hablarlo es reflejo de nuestra impotencia.

El presente texto, lejos de buscar retroalimentar la oleada de reacción asfixiante que parece marcar una tendencia política mundial, lejos de participar en la catástrofe sin precedentes de este momento histórico, lejos de responsabilizar y culpar a los grupos minorizados de su puesta en existencia y reivindicación, lejos de tender lazos con ese *rojipardismo* que sigue parasitando a la izquierda; busca *expurgar*, en los entresijos del término y su genealogía, rebuscar en el origen, uso y articulación de algo que es más *conjura* que palabra, para elaborar una exégesis crítica, una pragmática que nos permita identificar aquellas limitaciones discursivas que establecen complicidades con el agotamiento del ciclo pasado de luchas y nos abocan a este atolladero político; comenzar a abrir, sin miedo ni tapujos, un debate que nos permita superar algunos bloqueos de nuestro hacer político, *porque no nos queda otra*. Una cosa es comprar un marco discursivo reaccionario, y otra muy distinta darle la espalda a un fenómeno con tal de no *incomodar e incomodarnos* por el camino. Y es que resulta que la política, esto de ir a la contra del mundo tal y como lo conocemos, no es quizás el espacio para abandonar la capacidad de incomodarnos. No hay santos ante la necesaria e implacable crítica del estado actual de las cosas que, en última instancia, permitirá su superación.

Preámbulo teórico: apología y volver a la teoría. Materialismo histórico, minorías e inmediatez formal

Como preámbulo parémonos, por un momento, a definir una base conceptual mínima. En un momento de rampante ascensión del fascismo, el antiintelectualismo anega la cultura y se

cuela en nuestros discursos, en nuestra militancia; acusando a discursos elaborados de *clasistas* bajo el argumento de la poca accesibilidad, o impugnando la razón y su *insensibilidad* como pilar del desarrollo colonial y patriarcal. Lo cierto es que, nos guste o no, pocas cosas requieren de más esfuerzo y formación que la reflexión sobre qué tipo de prácticas queremos que constituyan nuestra estrategia hacia *otro* mundo. Se requieren instituciones militantes de producción de discurso que generen contra-saberes fuera de las aulas y despachos académicos y, para ello, cualquier tentativa de producción de discurso debe dejar de verse censurada bajo la acusación de *academicismo*, la cual, precisamente, sigue reproduciendo la distinción entre saberes abstractos y formación militante que se busca abolir. Es más, uno de los efectos directos más palpables de esta falta de producción de discurso común es la asunción de falsos consensos, donde uno se limita a proyectar su postura individual, traída de su experiencia particular, en una colectividad. Este falso consenso, al no ser problematizado a tiempo, salta a la palestra bajo la forma de conflictos que rápidamente adquieren un cariz dramático y rupturista. Estas rupturas políticas no son más que la confrontación despótica de cada particularismo cuando *no hay nada en medio*. Si algo podemos aprender históricamente del socialismo es la forma en la que, en contextos de precariedad y guerra, la formación y el debate de grupo han tenido siempre una centralidad en la que las excusas autocomplacientes no han tenido lugar.

Así, para que sepamos *de qué estamos hablando en este texto*, la primera clarificación terminológica que haremos vendrá de la mano del materialismo *dialéctico*, y será concerniente a las oposiciones abstracto / concreto y universal / particular en tanto que *modos del pensamiento*.

Bajo una óptica materialista, lo *abstracto* puede ser entendido como aquello *ajeno a sus determinaciones*, es decir, aquello que se piensa de forma aislada, escindida del resto de la realidad que le da cuerpo; mientras que lo *concreto* será aquello que se piensa *a partir de las relaciones materiales en las que está envuelto*, es decir, según su lugar bajo el modo de producción capitalista. En el caso de la *opresión de género*, un pensamiento abstracto sería aquel que sitúa el origen de esta

en una *verdad biológica*, una esencia inmutable que entiende el género como una realidad autosuficiente, *causa sui* de su opresión; un pensamiento *concreto* —bajo el materialismo histórico, al menos— entiende la opresión de género como fruto de una serie de *relaciones de producción* que determinan la posición de poder que ocupan una serie de cuerpos en la reproducción social según cómo son marcados y significados por esta. Del otro lado, tenemos lo *particular*, en tanto que se alude una parte de una totalidad; y lo *universal*, en tanto que *conjunto*, marco o totalidad a las que se remite la particularidad de cada relación. Bajo el materialismo histórico, cada una de las opresiones que el interseccionismo denomina *abstractamente* —género, clase, raza, sexualidad, etc.— encarnarían una *particularidad concreta* del capitalismo en tanto que totalidad, o universal, en tanto que es lo que subsume y media el conjunto de las sociedades. Las permutaciones posibles serían *universal abstracto*, en tanto que se proyecta una imagen de totalidad de lo real separada de las relaciones sociales que lo conforman (por ejemplo, *leyes divinas*); *universal concreto*, en tanto que esta totalidad se constituye desde las relaciones de producción que vertebran la realidad del capitalismo; *particular abstracto*, en tanto que cada porción de realidad se entiende como autosuficiente y escindida de la totalidad a la que remite; y *particular concreto*, en tanto que estas partes cobran su sentido de su relación con la totalidad de lo real a la que pertenecen. En palabras de Ray Brassier:

En lo que sigue, los términos «concreto» y «abstracto» no designan tipos de entidad, como lo perceptible y lo imperceptible o lo material y lo inmaterial. Se utilizan para caracterizar las formas en las que el pensamiento se relaciona con las entidades. Como demostró Hegel, lo que parece más concreto, la particularidad o la inmediatez sensible, es precisamente lo más abstracto, y lo que parece más abstracto, la universalidad o la mediación conceptual, resulta ser lo más concreto.¹

¹ R. Brassier, «Wandering Abstraction», *Metamute*, 2014; disponible online.

	Abstracto	Concreto
Universal	Universal Abstracto	Universal Concreto
Particular	Particular Abstracto	Particular Concreto

Como parte consecuente en este preámbulo teórico, definiremos el par mayoritario / minoritario como herramientas para entender la identidad.

La identidad, en estos términos, se articula como una función específica dentro de un campo social, cuya atribución y coherencia es articulada de forma *normativa*, en tanto que esta es objetivada como forma histórica por los aparatos de poder-saber propios de su régimen político —el capitalismo, fuente de la *inteligibilidad* social, en última instancia. Denominamos *mayoritario* no a la población con mayor número aritmético, sino a qué identidades ocupan las representaciones *normativas* del capitalismo de acceso a las condiciones de subjetividad (sujección) de este; a las distintas marcas que efectúa el poder sobre los cuerpos y realidades para hacerlos inteligibles y funcionales a su economía política. Este marcaje de los cuerpos se efectúa de forma binaria e infinitesimal en torno a un *vector de mayorización* y uno de *minorización*, donde el poder articula una identidad y una subalternidad, sucesivamente: hombre (vector mayoritario) y mujer (vector minoritario), mujer cis (vector mayoritario) y mujer trans (vector minoritario).

Si una identidad se objetiva de forma normativa y estructural en torno a la superficie en la que se inscribe, ¿cuál es el lugar de las subjetividades y deseos que transgreden esta norma, que caen, una y otra vez, fuera de esta estructura? ¿Qué espacios en «lo real» ocupan estas resistencias que se oponen a ser asimiladas?

Aquí es donde entendemos, propiamente, el concepto de *minoría*. Algo siempre se escapa al código de administración territorial del capitalismo, algo se derrama por fuera de sus canales, las máquinas solo funcionan estropeándose. En su obra *Kafka, por una literatura menor*,² Deleuze y Guattari atribuyen a esta asfixia una potencia vital creativa eminentemente

² G. Deleuze y F. Guattari, *Kafka. Por una literatura menor*, Ciudad de México, Era, 1999.

subversiva bajo la denominación del espacio de acorralamiento: *aquello que para sobrevivir tiene que rebosar la cuadrícula del campo social*. Lejos del romanticismo, la resistencia se encarna en la imposibilidad de una minoría de habitar el mundo, en la repulsión del cuerpo minorizado a las identidades que el poder marca sobre los cuerpos. Un proceso de devenir demasiado vivo para los mecanismos de representación que los estratifican, singularidades que escapan a la inteligibilidad social del capital: ha de inventarse un mundo para un pueblo que falta.

La minoría encarna una realidad ajena a estos mecanismos hegemónicos de objetivación social, por lo que no accede al estatus normativo de sujeto, de persona, en un sentido tanto metafísico como jurídico. Desde aquí podemos significar a qué nos referimos con *disidencia*.

La composición minoritaria, al no pasar por identidades individuales ni por agenciamientos de tipo personal, queda excluida de estos modos de enunciación: conceptos como propio, individual o personal no operan bajo lo particular, una particularidad de grupo siempre compartida, donde el sujeto de enunciación es colectivo: hablar de uno es hablar de toda la comunidad de la minoría.

Esta enunciación no articula identidades diferenciadas exteriormente, identidades subsumidas bajo el marco normativo de la persona, sino que *la diferencia* es el núcleo de lo minoritario, pues su génesis histórica radica en un proceso de diferenciación vivo, una otredad, respecto a la dominación, una exclusión y una expulsión a los márgenes de estos procesos de construcción del individuo, un *devenir*. Podemos decir entonces que el primer principio de lo menor, de lo minoritario, no es la *identidad*, sino la *creación*, en un sentido eminentemente político.

En el espacio acorralado, una minoría no radica en individualidades, sino en un espacio intensivo de desindividuación. Lo común es principio del contenido y la expresión del grupo, y no una práctica *a posteriori* para politizar la distinción público-privado ni un sistema de representación política que busque aglutinar individuos.

Una minoría expresa en su particularidad la totalidad de un proceso histórico, no una esencia *abstracta* transhistórica:

no es, en sí, una línea de fuga, ni es el agente de su creación, sino el conjunto de realidades que, adheridas a estas líneas de fuga, se articulan —y en última instancia, extraen su agencia— en torno al movimiento histórico. De nuevo, si somos materialistas, las líneas de fuga no flotan en el aire, sino que su movimiento viene dado por el **desarrollo objetivo del capital**: es la propia tendencia de este la que libera estas líneas. Cualquier aprehensión *identitaria* de la minoría no es más que el cercado, la fetichización, en un sentido marxista, a una *forma* concreta de expresión que reduce a sí misma este contenido de red, dinámico, vibrante; un proceso de diferenciación que se materializa en estos espacios. Una identidad no puede ser entendida autorreferencialmente, sino en relación —dialéctica, para quien lo quiera— con la totalidad del modo de producción donde está inserta, la totalidad que le otorga un lugar minoritario. En términos marxistas, una aprehensión de la identidad cerrada y centrada sobre sí *confunde forma con contenido*. La minoría, en última instancia, no tiene una *esencia revolucionaria*, sino que encarna un tipo de proceso que es condición necesaria para la política, pero este proceso viene marcado por el modo de composición, no por el nombre, la representación o la identidad de la minoría y los sujetos que la habiten. La minoría, en resumen, es tal por su relación con la historia que le otorga sentido.

Son los mismos mecanismos de representación del capital los que buscan abstraer, *extirpar* malestares *de su coyuntura*, para convertirlos en *fetiches* (en tanto que productos separados del proceso que los engendra) o meros fenómenos de superficie; al aislar las identidades, se detienen estos procesos de diferenciación respecto al movimiento objetivo del que se diferencian... En última instancia, convertir el reconocimiento *normativo* bajo los aparatos de poder-saber de un *espacio minoritario* como único objetivo de una lucha exige de una **violenta traducción** entre dos regímenes, traducción que puede ser enunciada como un *ejercicio de privatización* sobre lo común, sobre la disidencia: se cercena la historia en categorías estancas que entrarán en diálogo *a posteriori*.

Este modo de enunciación identitario no solo es abstracto en tanto que ajeno a sus determinaciones, sino que

asume la *inmediatez formal del capital*, es decir, lleva implícito en sí, en su modo de hacer inteligible el mundo, la reproducción de las relaciones de producción del capital, sus saberes, sus objetivaciones, etc. En tanto que la *mediación social capitalista* es asumida, no problematizada de base, *ocultada*, por mucho que se pretenda desde estas categorías problematizar el capitalismo, este ya está inserto en el ADN de su mismo lenguaje.

Genealogía histórica del wokismo: intersección y movimientos sociales

Concretando el análisis, en un primer momento, el tipo de políticas señaladas como wokes son todas aquellas que emergen como contestación al carácter discriminatorio de un *statu quo* que produce sistemas de exclusión social, económica, política... exclusión *material*; un levantamiento contra la imagen de una mayoría social que oprime históricamente a diferentes grupos sociales subalternos o *minorías*. La imagen de este *statu quo* señalaba una serie de realidades hegemónicas que, sin embargo, se mantuvieron en la *indeterminación material*; la *particularidad abstracta* de unos «ejes de opresión» concretos, que se entrelazan y establecen sinergias en el padecimiento de su modo de dominación, pero que no se abordan desde un marco de análisis común, tendiendo a cierto *nominalismo histórico*, es decir, a la consideración de cada opresión como *particularidad aislada* que entrará en relación con las demás *a posteriori*, pero que no comparte con las demás una génesis histórica común. Este marco, con tal de defender y poner en valor la especificidad de cada grupo sometido, ataca directamente a la consideración tradicionalmente materialista de la historia; este relato será acusado de *hegemónico* y excluyente: la incómoda *cuestión de la clase* no se comprende *procesualmente*, desde su relación antagónica con el capital, en tanto que sustancia dialéctica construida por *negación*: somos proletarias porque *no tenemos otra cosa que fuerza de trabajo que vender*. No, en la interseccionalidad, la clase es sustantivada y reificada de forma *positiva* y excluyente, una clase compuesta de sujetos obrerOs blancOs de mono azul, y no como aglutinador diverso de particularidades

situadas: *abstracta*. El marco de la intersección comprende el relato materialista como una particularidad más *con ínfulas totalitarias*, ergo *opresiva*: el relato materialista se torna otra gran narrativa excluyente.

Los aportes de la interseccionalidad han sido numerosos en el proceso de producción de *diferencia viva* y encarnada, la integración en el discurso de todas estas realidades *minoritarias* frente a un marxismo senil y rigidificado que, seamos honestos, correspondía la mayoría de las veces a esta caricatura; un marxismo cuyo relato no llegaba fuera de su propia *inmediatez*; un marxismo contrarrevolucionario cuyos análisis eran fruto de un *materialismo vulgar*, que establecía y naturalizaba escalas cuestionables de prioridades desde prácticas y estrategias de por sí excluyentes hacia estos grupos, como resultado lógico de discursos centrados en sujetos de enunciación pertenecientes a esta mayoría social. El contacto del marxismo y las diversas teorías marxianas con los feminismos, las luchas antirracistas, las trabajadoras sexuales, el movimiento queer y demás disidencias organizadas solo lo ha nutrido en desreificar su imagen del proletariado; romper, al fin con una *imagen* hipostasiada en una esencia *abstracta*; pasar de la *imagen del proletariado* a la *organización de clase*: un proletariado que no es un sustantivo sino un *modo de composición*, siempre abierto en canal a otros modos de expresión marginados históricamente respecto a su imaginario hegemónico, donde hacer visibles más formas de este proceso de *diferencia encarnada* que compone nuestra realidad política dotará de más riqueza y alcance estratégico al mismo.

Sin embargo, y tras la puesta en relieve de la insensibilidad política de muchos marxismos hegemónicos, la clase, para este discurso interseccional es, como hemos dicho, otra *particularidad más* en un juego de opresiones sustancializadas y particularizadas que podrán —y deberán— señalarse mutuamente para no participar de su mutua exclusión en un tablero de juego *indefinido, indeterminado*. Una lucha por la integración cuya reivindicación, a nivel de discurso, se basaba en la *visibilización* de la realidad excluida, la puesta en existencia y toma en consideración de las realidades subalternas en y desde el discurso; este ejercicio de visibilización

dependía, principalmente, de operaciones de disrupción, de contra-narrativa al relato dominante, de *corte en la cadena de los significantes del poder* por inclusión de una alteridad, para multiplicar las posibilidades de subjetivación respecto a un modelo de subjetividad excluyente —*no todas las mujeres tienen coño, no todas las personas poseen las mismas capacidades, no todos los obreros llevan mono azul*. Inevitablemente, la falta de un análisis material de conjunto y la limitación de las prácticas derivadas de estos discursos abstractos en torno a una integración *indeterminada*, donde los ejes de opresión flotaban y colisionaban con historiografías separadas, establecían prácticas autorreferenciales, una realidad compartimentada sin una apuesta revolucionaria conjunta, *más allá de la reivindicación, más allá de la reparación*. Un diálogo que no era más que la puesta en valor de cada particularidad. Y es que, resulta, que la crítica perdió sus cimientos, y las luchas políticas se daban en el vacío: cuando la lucha de clases ya no es un tejido común, lo son las categorías del capital. El capitalismo era analizado en tanto que otro *eje de opresión* en un catálogo de agendas políticas, y toda inevitable atención e importancia que le otorgaba la interseccionalidad huía de explicitarlo como *totalidad material* que sostenía estos sistemas de opresión —género, raza, cisheteronorma, especismo, capacitismo...—, por lo que los discursos y sus modos de visibilización tendían a la misma inmediatez *formal* del capital que no asume este como motor de la historia y núcleo de las relaciones sociales, sino como *otra realidad dramática más*.

Un discurso cuyas categorías de análisis son las de la inmediatez del capital, reproduce *formalmente* al capital también en sus prácticas y estrategias: la lucha contra unas condiciones materiales *trascendentales* de producción de subjetividad y sus distintos dispositivos de producción *ideológica* será situada en la (mal llamada) *deconstrucción* individual de la subjetividad política. Desde un *individualismo metodológico*, donde la construcción de la subjetividad política será fruto de un trabajo *propio* casi exclusivamente *personal*, se prioriza esta deconstrucción como condición previa a la elaboración de una estrategia común contra estas condiciones estructurales. La demarcación *ideológica* es clara: *aquí se llega educado de casa*, la pedagogía a veces será poco más que

una *amable concesión*, pues la pertenencia o no pertenencia al grupo —a la *identidad*, incluso— viene marcada de forma rígida por unos operadores del discurso, que a veces son poco más que *tokens* de moda y significantes vacíos —«*normalicemos X, salud mental, cuidados / autocuidado...*»—tendiendo al esencialismo, a la calcificación de categorías políticas dinámicas, a la *clausura en la interioridad subjetiva de procesos abiertos de subjetivación*. *Apropiarnos* de la enunciación de nuestras particularidades *personales*, nada más.

Que no se malentienda: los espacios no-mixtos y de organización propia de una minoría concreta, aunque con la proliferación de identidades y la inestabilización de los marcos binarios como coherentes y unitarios, tengan cada vez una demarcación más problemática, resultan necesarios para la elaboración de prácticas discursivas propias; así mismo, la vida y la militancia de quienes encarnan una minoría no puede estar dedicada permanentemente a la pedagogía —exigencia que resultaría, cuanto menos, sospechosa. Pero es innegable el papel que determinadas lógicas han ejercido en la configuración del grupo y la agenda política de este en el pasado ciclo político: un distanciamiento del trabajo de base, un desplazamiento del sostenimiento de la vida y la labor reproductiva como eje, la capitulación en la articulación de comunidades de resistencia o prácticas subjetivantes de grupo, en resumen, un giro a la privatización de la subjetividad bajo las lógicas del trabajo en la construcción del sujeto individual *deconstruido*; un repliegue subjetivo sobre la persona, su emocionalidad, y una sensibilidad que se pensará de forma privada pero se traerá al espacio público. A fin de cuentas, comprendemos la política como proceso abierto que, aunque experimental, no puede disociar su discurso de un horizonte emancipador común, al que debe apuntar su práctica —lo que podríamos llamar la oposición dialéctica de una conciencia revolucionaria *colectiva y colectivizante* a la totalidad del capital, *si se quisiera*. Lejos de esto, la *deconstrucción* era la única práctica política junto a la difusión del discurso, a la problematización y la visibilización; más cercanos a un imperativo moral, un *manual de buena conducta*, que a una organización política real. El discurso aparece como ideal abstracto, trascendente y suficiente, escindido de la práctica material que lo forma, al que las subjetividades deben

engancharse independientemente de una comunidad política, cada vez más relegada a un segundo lugar, opacada por una normalización de la miserable individualidad del capital, ahora una conquista *discursiva*.

Agotamiento del «movimentismo» y el regreso a la socialdemocracia. Idealismo del sujeto

El agotamiento del ciclo de luchas donde se gestó la forma y la difusión de este discurso, cuyos principales actores en la organización política de base serían los *movimientos sociales*, puede encontrar distintas causas con mayor o menor impacto según la comunidad y el territorio. Hasta qué punto las mismas limitaciones de este ciclo estaban implícitas en su propia reivindicación o los principales actores en este fracaso, son cuestiones que requieren de otro espacio de discusión que este. En un primer esbozo del contexto estatal en los últimos diez años podemos atribuir este repliegue, *grosso modo* y entre otros, a la institucionalización de las luchas en el reformismo, la derrota de las apuestas municipalistas, el avance de la privatización de la vida bajo el pretexto de las *políticas de crisis*, el auge de las políticas represivas y la persecución policial; estos factores llevaron a una *desmovilización generalizada de la organización política*, a una crisis y precarización de sus redes y dispositivos —cuando no directamente a su desmantelamiento. Quedó un techo sin cimientos: un repliegue de la organización política sobre el discurso como *herramienta de transformación de la realidad* en un momento de desmantelamiento de *prácticas* y organizaciones que favoreció esta manida escisión *teoría-práctica*. Esta distancia entre un discurso que se va definiendo, perfilando y especializando y una organización política debilitada es síntoma del momento de impotencia, incapacidad de las luchas de superar sus limitaciones, la obsolescencia. Sin prácticas constituyentes, la performatividad de los discursos políticos quedó relegada a una dimensión *gestual*, una *política abstracta del gesto* (a veces, del *aspaviento*) que separaba un lenguaje, una expresión, un modo de presencia del mundo, del agenciamiento material concreto de donde extraían su génesis, su sentido *práctico*, su capacidad real de transformación.

Es más, uno de los principales rasgos de los movimientos sociales en crisis, o de la crisis de los movimientos sociales, es lo palpable que se vuelve aquella crítica que Sbardella,³ hace 45 años, atribuía a la autonomía bajo el *idealismo del sujeto*. El sujeto se fetichiza bajo una forma históricamente concreta y contingente que es extrapolada a cualquier contexto de forma necesaria, una subjetividad —ahora, sencillamente *identidad*— que se antepone a la estrategia que la produce, al movimiento real que la forma. El idealismo del sujeto es aquello que sitúa la agencia antes en la imagen de un sujeto prefigurado como *abstracto* que en sus modos de sujeción concretos que dan lugar a una estrategia.

Lo que imprime este abstracto es la inmediatez del capital para objetivar sujetos bajo la lógica del valor, universalizando una serie de rasgos: agencia individual, autonomía *trascendental*, individualidad de la conciencia. Esta forma de sujeto, y su consecución, se prioriza por encima de sus determinaciones materiales, un fetiche que, en su consideración del sujeto como aislado, se impone como mandato y exigencia *subjetiva* para acceder a unas condiciones de enunciación política.

Los movimientos autónomos corren el peligro de participar de esta lacra para la militancia mistificando su tradición, las formas, discursos y dispositivos derivados de esta como símbolos, por encima del contexto histórico y de las prácticas situadas, un dogmatismo *identitario* de un imaginario sobre la militancia. Al no ser situadas ni contextualizadas sus prácticas, quedan meras representaciones, imágenes abstractas autorreferenciales, desprovistas de un horizonte emancipador y sin una estrategia revolucionaria concreta, quedan relegadas al posibilismo y la apelación al Estado. *Esto no es compatible con un movimiento objetivo del capital que diseña la historia para pasarnos por encima*. Y es que la autonomía tiene que corresponder a la estrategia, no a unas instituciones y formas de representar sujetos.

En los momentos de desborde y auge del *movimentismo*, estas fallas teóricas, estratégicas, no se hacen visibles,

³ R. Sbardella, «La NEP di “Classe Operaia”», *Classe*, núm. 17, 1980; Vis-à-vis, núm. 8, 2000; accesible online en inglés en *Viewpoint Magazine*: <https://viewpointmag.com/2016/01/28/the-nep-of-classe-operaia/>

pero en el repliegue quedan desnudas y encerradas sobre sí: *no producen nada nuevo*, precisamente por la incapacidad de relacionarse con el afuera cuando su contexto cambia. En este repliegue, esta impotencia discursiva ha tenido vertientes de rechazo y ruptura muy marcadas: la vuelta a estructuras rígidas de partido, el posibilismo institucional o el giro reaccionario son algunas de las tendencias más acentuadas; y aunque su contenido y expresión sean diferentes, son reacción al mismo contexto heredado de luchas políticas. Frente a ellas, se hace palpable que el problema de la fuerza política no está donde ponemos el foco —el debilitamiento o vaciado de esta tradición militante—, sino que responde a un problema de lente, de foco. Cuando esta forma de entender el sujeto se mantiene pese a todo, se convierte en abstracta, y no se nos hace posible capturar a qué fenómenos responden tanto repliegue y esta reacción: pasan de largo.

Esta obcecación *neurótica* de determinados sectores militantes con la necesidad del nuevo sujeto político es mecánica, hace lineales procesos complejos y mistifica la política en la figura del «sujeto deconstruido» como agente supremo, un agente por encima de los dispositivos políticos de los que, realmente, el sujeto es poco más que un efecto maquínico más. Esta trascendencia de una forma de subjetividad que buscamos continuamente pero no encontramos es, entre otras, lo que lleva a la impotencia: un prejuicio humanista sobre la razón, la agencia y la dominación del Hombre sobre su entorno que nos lleva a pensar que estamos por encima de aquello que nos sujeta, que nuestra subjetividad está por encima de los medios que la producen. Que esta subjetividad brotará, que algo está pasando (en nuestros términos). Este enfoque humanista es lo que tiende a apuestas institucionales donde parece que existe algún tipo de agencia dentro de la máquina parlamentaria y no precisamente que esta imprime y codifica las singularidades políticas bajo un régimen de subjetividad burgués. Cabe volver a reivindicar la multiplicidad como *anorgánica*, que entiende la agencia como el ensamblaje complejo de lo humano respecto a sus medios de subjetivación y sus tecnologías de la subjetividad —régimen de trabajo, espacio de socialización, redes sociales...—, respecto al concepto de *multitud* humanista, que sitúa sujetos

amalgamados, serializados de forma abstracta, y naturaliza una serie de dispositivos, donde no se elabora análisis ni estrategia respecto a cada agenciamiento material-territorial concreto: aliena a un sujeto de sus medios de sujeción en la suficiencia de la autoconciencia individual que marcará el camino de una praxis por hacer, por revelar.

Salir de la crítica impotente pasa por una reconstrucción *táctica* real que requiere de una cartografía y del abandono de muchos prejuicios, salir de esta aceptación acrítica de lo inmediato que se quiere enmarcar dentro de estos sujetos políticos, dejar de fetichizar realidades concretas en la construcción de una estrategia real. Ni vanguardismo ni fetichización de la alteridad ni otras formas de condescendencia militante. La conciencia *revolucionaria*, como autoconciencia dialéctica sobre las determinaciones del capital, no despliega automáticamente una estrategia política, no contiene una esencia revolucionaria, porque pensar que existe una estrategia política atemporal, automatizada por una dialéctica histórica abstracta, es *profundamente idealista*: una vida al servicio de hacer notas a pie de página sobre por qué la historia no termina de culminar en nuestra liberación. No existe una esencia revolucionaria que se despliegue mecánicamente en la historia, una epifanía militante, una deconstrucción definitiva o un nuevo sujeto mesiánico por llegar. La estrategia requiere de análisis, sin duda, pero las revoluciones tienen más que ver con *crear agencias en la tormenta* que con diseños, lógicas, méritos y profetas. La clase revolucionaria es *un modo de composición*, no una sustancia concreta que buscar en lo real, y menos la proyección fetichista de tradiciones políticas agotadas. Cuando esta sustancia *universal* de nuestro discurso quiere preservarse pese a su contenido, la vaciamos y obligamos a ciertas realidades a adecuarse a ella; conseguimos poco más que nuestra impotencia y desconectarnos más de alteridades ajenas a nuestras agendas. Este fetiche con la esencia revolucionaria mesiánica que no aparece pero aparecerá, esta subjetividad política emergente en cualquier momento, al final es cómplice con nuestra falta de crítica a modelos organizativos-tácticos que no producen o directamente con nuestro abandono de participación en dispositivos concretos; el abrazo absolutamente acrítico al espontaneísmo,

el fetiche con la desorganización, responde más a justificar nuestra nula capacidad organizativa y nuestra comodidad aspiracional clasemediana que a otra cosa.

Este problema de cómo representamos a los sujetos es urgente porque, entre otras cosas, estamos absolutizando continuamente modelos de subjetividad excluyentes, *mano-seando* otredades y opacando potencias. Existen modos minoritarios de existencia donde radica una potencia política precisamente por su posición de fuga, por su incapacidad de ser integrada aún en la reproducción del capital: el capital funciona produciendo márgenes y periferias a sí mismo continuamente. El proletariado migrante, la población excedente, los presos, las comunidades en torno a maternidades monoparentales, las trabajadoras sexuales... realidades marginadas *sistémicamente*. Más allá del fetiche desclasado por el lumpen, intentemos abrirnos a la pregunta: ¿por qué no llegamos aquí? La hipótesis que propone este texto: proyectamos unas formas de sujeto que no se aplican a ellas, en tanto que esta forma de entender la subjetividad responde a los fetiches de nuestra tradición, no a sus modos de composición. Nuestra comprensión de la subjetividad política puede llegar a ser bastante *gentrificadora*. Es hora de prestar atención a los territorios de estas realidades, sus medios de subsistencia, sus medios de difusión, sus modelos de comunidad desde una lógica que no sea la de este extractivismo subjetivo que busca adecuarlos a nuestros modelos; es el momento de establecer alianzas tácticas precisamente desde la elaboración de dispositivos que sean comunes, cuando lo común precisamente se construye desde una afinidad en la diferencia y no desde la homogeneización.

El discurso woke: redes sociales y difusión

Al abandonar la organización política revolucionaria, entre otras cosas por el abandono mismo de un *horizonte revolucionario* y el vaciamiento de significado de las palabras «revolución» o «emancipación» —o, lo que es lo mismo, el abandono de la posibilidad misma de transformación *estructural* del estado actual de las cosas—; el discurso *movimentista* progresivamente ha ido abandonando una agenda

política propia para quedar relegado a la mera reactividad *sobre y dentro* de ese *statu quo*, señalado pero intacto bajo una *permanente crítica*, y nada más. Sin embargo, como el orden hegemónico de las cosas no ha podido ser depuesto, el poder y su ejercicio han quedado convenientemente vetados por su asociación necesaria a la opresión: toda forma de poder pareciera remitir al estado actual de las cosas al no poder imaginar ni palpar otros mundos. Si el poder es inherentemente opresivo, la pertenencia a una minoría queda refugiada, *clausurada*, en la condición de la *herida* permanente, abandonados los medios políticos de su cese; y toda su actividad política, la mera apelación de reparaciones, de concesiones y cláusulas, clausurada en una agenda ajena, la agenda de aquellos que perpetúan el estado de cosas del que mana la dominación. La minoría se concibe como el apéndice maltratado de un poder que siempre será ejercido contra ella, que nunca podrá deponer; un grupo que se concibe eternamente vulnerable y solo podrá apelar a la reparación permanente.

De forma paralela, las redes sociales experimentan su auge y se convierten en un foco de politización y difusión de discurso político que irá adquiriendo centralidad, especialmente para la organización y formación políticas —podemos citar el papel del ya asesinado Twitter en la coordinación entre territorios del 15M, o el uso de los hilos como forma pedagógica. Sobre todo toman relevancia como primer contacto político de una generación que se topa, por un lado, con un momento de debilidad y repliegue del tejido social que muchas veces se traduce en una transmisión precaria o inexistente de experiencias, saberes y herramientas; y, por otro, una privatización de los espacios de producción común de discurso. A la vez, esta generación se encuentra con la contraparte del acceso a una cantidad prácticamente ilimitada de información: la ebullición de un *general intellect* que permite una elaboración *horizontal y común* del discurso. Pero este momento político de desmantelamiento de la militancia, privatización de los espacios comunes y (sobre)peso en las tecnologías de la información hace que esta elaboración común del discurso adopte la mediación social propia de estas plataformas al verse cada vez más confinada en ellas, a sus

modos de visibilidad, interacción, difusión... de *subjetivación*, a final de cuentas —*la forma siempre es, también, contenido*.

El acceso a esta información se basa en la *instantaneidad*, a la que el juicio queda supeditado; la enunciación queda individualizada, estandarizada y homogeneizada en *usuarios* y toda posibilidad práctica progresivamente se reduce a la difusión, a la proclama o adopción de la consigna. Difusividad y visibilidad, pero bajo las escandalosas formas de una vida espectacularizada; de una vida que, individualizada, se convierte en otra forma fetichizada más de mercancía, de un activismo que en estas plataformas es *otra performance más*, otro nicho de consumo más perfectamente asimilable junto a su contrario. *La militancia se disuelve en un activismo cada vez más indisociable del marketing, la deconstrucción se acerca peligrosamente al coaching y la política parece un ejercicio de autosuperación personal*.

Un primer momento disruptivo de contestación ha pasado de largo, estas proclamas ya han sido normalizadas, integradas y *axiomatizadas* por los aparatos del capital. La culpa de esto no es de los grupos sometidos; ya debería ser bien sabido que, sencillamente, bajo el capitalismo, toda innovación pasará a formar parte de la catástrofe: desde el Estado y su aparato legal a sus inversores; ese mismo *anti-establishment* se ha *re-estratificado* en la convivencia de discursos *opcionales* y heterogeneizados, fragmentados y *cerrados sobre una herida* que ha de ser atendida, subsanada y protegida. Sin marco ni horizonte común para deponer *aquello que hace daño*, a veces ni siquiera una comunidad, el germen emancipador se disipa, los discursos pasan a ser *branding* al quedar supeditados a esta lógica de la mera contestación al poder, una reactividad despolitizada que termina siendo un suplemento de la misma dominación que impugna y que, por ende, queda separada de su contexto hasta reducirse a los mismos mecanismos elementales de exclusión formal del discurso *mayoritario* contra el que surgieron. Este mecanismo que subyace a la imagen del capital de lo woke se hace real y efectivo cuando la subjetividad queda equiparada a la *identidad* en un mismo nicho de consumo que poco tiene que ver ya con la toma del poder sino con la *asimilación por parte de la dominación*; lo que fue una fuga de

los códigos sistémicos ha quedado reinscrito en el sistema con su mismo lenguaje, pues estos son los únicos mecanismos que pueden hacer coexistir a las minorías en un contexto de despolitización, vaciado de contenido y fragmentación política... una complicidad con la propia *desmovilización* en la adopción de lenguajes desmovilizantes.

De forma más concreta, podemos elaborar un primer esbozo sobre algunos de los *token* que estructuran el funcionamiento discursivo en torno al mal llamado *wokismo* —preferiremos, a partir de ahora, hablar sencillamente de *socialdemocracia* para poner el peso de este viraje en el Estado y no en los grupos sometidos— cuya herencia en última instancia podemos sintetizar en lo que podemos llamar *izquierdismo liberal yanqui*. No es por tópico que nos remitimos al *eje del mal*, pues son los aparatos ideológicos de este bloque imperialista los que estamos desgranando aquí: históricamente, la recepción yanqui del psicoanálisis y su adaptación a los mandatos del *self-made man* y la cultura emprendedora del neoliberalismo han sido piedra angular en la formación de un discurso centrado en la *psicología pop* que subyace a esta construcción *individualizada* de la subjetividad política aquí diseccionada. Esta subjetividad se articula en torno a un relato, a un modo de experiencia, configurado en torno a la *acumulación* de méritos y el *autotrabajo* personal, que encuentra fácilmente su traducción en falacias de autoridad basadas en la primera persona y las lógicas propias del *virtue signaling* —esto es, la reafirmación de la buena moral política propia a través del continuo señalamiento ajeno *donde me excluyo del mal en tanto que señalador*, trascendiendo la utilidad, problematización y visibilización para reducirse a una forma de ostentar capital simbólico / social—; o en la *validación automática de la proclama por una legitimación trascendental, basada en la pertenencia a la subalternidad* —una pertenencia siempre propia, una experiencia siempre privada, un relato siempre personal, una identidad cerrada y excluyente del resto del conjunto, cuya mención comúnmente es una mera arma arrojadiza para desautorizar el discurso ajeno o, como hemos escuchado varias veces, *un microcosmos perverso donde quien acumula más puntos de opresión, lleva la razón*,

premio de consolación a la violencia estructural que encarna. Desde aquí, es fácil ver cómo las prácticas de la *Gestalt* y demás pensamientos del *new age* han permeado tanto en estos discursos, con esta excesiva atención a la validación individual, a la justificación de la expresión propia, al mandato de *sentires* sobre una comunidad en la que siempre y en todo momento tienen cabida, y demás avatares de la reflexión yoiica infinita. Evidentemente, esta lógica del discurso no pertenece solo a *la izquierda progre*, sino a la totalidad de la ideología *neoliberal*; pero la especificidad formal «woke», su acervo, ha permeado de forma increíble en otros estratos políticos precisamente por eso: su *contenido* como discurso ya no se articula con una práctica política emancipadora, ni siquiera remite al sentido de un discurso originario... desprovisto del contexto material de donde emanaba su sentido, alejado de la *práctica revolucionaria*, su contenido es una emulsión meramente *formal*, una *moral* abstracta replicable en cualquier instancia, que aplica una serie de juicios como un conjunto de axiomas, a veces poco más que un código penal sin Estado que pretende arrastrar la complejidad de lo real a sus coordenadas y abandonar, precisamente, la particularidad concreta de cada contexto. Su efectismo puede usarse sin problema como arma arrojadiza contra las mismas políticas culturales minoritarias que enarbolaron esta forma discursiva en un primer momento: TERFs aludiendo a su *incontestable experiencia de mujer* para atacar a disidencias de género, sionistas acusando de antisemitismo a la misma población semita que masacran, neoliberales señalando el clasismo de la izquierda, minorías étnicas justificando su aspiracionismo de clase bajo el marco de la igualdad de derechos con los blancos, y un largo y penoso etcétera.

Minorizar la revolución, revolucionar la minoría: por una razón colectiva contra Estado y Capital

Visibilizar, problematizar, denunciar, difundir y demás infinitos contenidos en la «deconstrucción» son un imperativo político mínimo, pero sin una organización política real que los respalde y busque deponer el mundo criticado, se tornan

rápida­mente estériles, poco más que un manual de buena conducta para una ciudadanía progresista bajo el imperio del capital. Una serie de lugares comunes donde sentirnos cómodos, poco más que el goce de afirmarnos superiores desde nuestra impotencia política.

El agotamiento político puede traducirse en algo más que mera reacción, algo más que este cómodo repliegue subjetivo, parejo al aspiracionismo clase-mediano, lacado de identidad disidente. Precisamente, la agitación woke nos ha obligado a un aprendizaje, al desarrollo de una sensibilidad que no se cierre sobre su propia identidad para no excluir a ninguna, *una particularidad abierta a su universalidad*. Pero hemos de abandonar la complicidad con nuestra impotencia. El debate estratégico está abierto y vivo, sí, pero urge abandonar las reticencias y volver a un marco *materialista* que sea capaz de hilvanar e integrar la experiencia de todas en un marco *común*, más allá de la llana inmediatez fragmentada: pasar *realmente* de una particularidad *abstracta* a una particularidad *universal*, una práctica constituyente de conjunto en la que nuestra estrategia contra la dominación, contra el *capitalismo* y sus opresiones, sea coordinada. Un horizonte de emancipación *común* del capitalismo y su imperio sobre nuestra vida. Urge la organización, la elaboración de dispositivos propios para un nuevo ciclo de luchas que madure las lecciones del anterior, y para ello urge retomar el diálogo *incómodo*, el debate racional: no esa Razón monolítica de una Ilustración totalitaria —argumento conveniente para censurar cualquier apelación a la racionalidad, para escindir esta de la sentiencia y la emocionalidad y que el primado de estas valide el argumentario individual frente al debate. No, volver a la razón como es definida por Negarestani,⁴ como *espacio desprivatizado para la argumentación de razones*. Precisamente, la herramienta que nos permite integrar sensibilidades en un marco más amplio, herramientas para despatriarcalizar y descolonizar la Razón como aparato del poder y hacerla múltiple, *open source*... Desprivaticemos la razón como *espacio común*, no capitulemos de ella ni de su posibilidad de

⁴ R. Negarestani, «La labor de lo inhumano» en A. Avanessian y M. Reis (comps.), *Aceleracionismo*, Buenos Aires, Caja Negra Editorial, 2017.

integrar, coordinar y organizar la riqueza de las epistemologías particulares que cada minoría proyecta en el mundo, de afilar en conjunto un relato, *un arma contra este mundo*, en el que quepamos todas. Lo contrario es seguir firmando nuestra complicidad con la *barbarie*, pero con la *conciencia tranquila*.

Suscríbete

a Zona de Estrategia

Cuadernos de Estrategia son los monográficos de la revista online *Zona de Estrategia* / zonaestrategia.net. ZE pretende agitar la crítica, impulsar políticas autónomas y promover análisis e investigaciones militantes construidas desde las luchas, desde el conflicto y desde la crítica situada y en tiempo real.

ZE es un espacio de debate activo. Todas nuestras publicaciones están abiertas al público pero, para liberarlas y sostener el proyecto, necesitamos tu apoyo.

Suscríbete a la revista por 50 euros al año y

- **Haz posible la publicación** online de artículos de análisis, crítica, estrategia y pensamiento autónomo en ZE

- **Recibe en casa los monográficos** *Cuadernos de Estrategia* en formato papel (2/3 al año); con la suscripción recibirás el número actual y el anterior y podrás acceder con descuento a todos los números anteriores

1. El retorno de la normalidad. Del 15M a los gobiernos progresistas
2. El declive del neoliberalismo. La crisis de la solución a la crisis
3. El sentido común punitivo. Debates y resistencias desde los movimientos
4. Crítica de los movimientos sociales. Clase e identidad en el neoliberalismo

- **Recibe invitaciones** para participar en presentaciones, debates presenciales, seminarios y foros por todo el Estado.

Modalidad de suscripción anual

- ☐ Tarifa precaria 35€/anual ☐ Tarifa normal 50€/anual ☐ Tarifa apoyo/instituciones o colectivos 90 €



Para suscribirte, rellena el formulario en la web o escríbenos a info@zonaestrategia.net